

Silvio Mattoni



Silvio Mattoni (Córdoba, Argentina, 1969)
Ha publicado los libros de poesía: *El Bizantino* (1994),
Tres poemas dramáticos (1995), *Sagitario* (1998),
Canéloras (2000), *El País de las Larvas* (2001) e *Hilos* (2002)

(Tuve el hijo que quise tener)

Tuve el hijo que quise tener,
él no quiso tener el que tuvo.
Demasiado inteligente para ignorar
cuánto los separaba, cuánto
me correspondía. Voy a llevarle
comida a la estudiantina celda
donde su soledad se sigue resistiendo
a la comunidad imposible. "¿Qué
va a hacer de su vida?", se preguntaba
siempre, "¿por qué no ejerce su carrera?".
Ay, pero no sabías hacia dónde
corre tu hijo, adelante, muy lejos
de tus deseos de multiplicación
de dinero y descendientes. Flota
suspendido en lo que piensa y abre
sus alas sobre la tierra que te cubre.
El gastará lo que ganaste.
Cada minuto de su vida te redime
de los recuerdos huecos y pesados
que imaginaste cayéndole encima.
Como una planta de invierno, busca el sol
y nada lo apartará de su designio.
Si vieras cuán delicadamente se expresa
su valentía en estas ceremonias,
aprenderás que los libros no enloquecan
y que la única ruta de su vuelo
pasa a través de los huesos de los vivos.
No será un huérfano que pierda a todos
sus amigos y en adelante camina
mirando el piso adonde caerían
lágrimas que no se anima a soltar.
No pedirá limosna a los parientes
para que piadosamente le alcancen
un vaso medio lleno. Ya toma
tu negra sangre sin buscar excusas
y humedece de a poco su garganta.
Te da a la muerte, te considera ido,
y pide a cambio una atención que no sea
un subsidio. Cuando nadie se acuerde
de tu vida, él seguirá pensándola.

(Murió como vivió, solo y cansado)

Murió como vivió, solo y cansado
de haber hecho promesas. Era
el marido de mi hija, que debía
cuidarla. Míronla, llora
por algo que perdió mucho antes,
cuando se separaron y él se fue.
Ahora al fin confirma su partida
inicial. ¿Por qué lloras? ¿Acaso
te duelen los partos de mis nietos?
Lo único que hizo. Casi nada, ¿no?
Los hombres son así, le ponen nombre
al instante preciso en que se van
a ver de lejos un niño que no toleran.
No pueden soportar haber nacido
del mismo sexo que ahora los fascina.
Sentís un hueco, ya sé, es la viudez
que ningún divorcio imita. ¿Cuántos
años crees que me quedan, sola
desde hace tantos? Cada arruga
en mi cara recuerda lágrimas
infantiles, cuando en piezas soñadas
con más intensidad ante el relirio
lento de la memoria reciente
supe que no tenía algo, que no trabajaría
sino para dar con alguien que pudiera
disimular mi plenitud. Te tuve
a vos, vos a tus hijos, y los otros
se posaban como pájaros pensando
bautizar con su fugacidad el árbol
que los seducía. Ah, la fruta joven
de mi cuerpo, que después renació
en el luto. Los picotazos útiles
no dejan rastro en la semilla
que liberan. Lloremos un día y después
enterraremos todo en el olvido
que ya conocemos. Hija, no trates
de imponer a los días culpa y voluntad
como este pajarito que ignoró
la noche hasta el anuncio médico
de una muerte segura. ¿Hay algo más
cierto? Pero la oscuridad no puede verse
cuando la vista se extingue.

Maldice el día en que se detuvo

¿Quién puede prever lo que va a pasar?
¿Quién, saber lo que le espera? Yo tuve
la esperanza acuática de mi destreza
en el arte de pintar. Mezclaba entonces
cada tono, finísimas láminas, efectos
de luz y sombra. Pero los años
no me dieron la medida exacta
de mi trabajo. ¿Adónde están ahora
mis potencias? ¿En qué lugar se decidió
poner un límite a mis manos? ¿Tuve
algo, alguna vez? Recuerdo, amigos,
a una chica pálida y diminuta
que hablaba muy despacio. La quise,
vivimos juntos cuatro años. Al pintar,
su cuerpo era un remolino vacilante
sobre un banco de madera. Cuando se fue,
supe que yo no sería nada, apenas
un mediocre artesano, uno de miles,
preparando un futuro ajeno. ¿Adónde
se cortó ese hilo que me sostenía
del cielo? Entonces yo flotaba y ahora
me hundo en los más oscuros pozos,
en la inmovilidad, en la repetición
más anodina. Las aguas del destino,
¿pude haberlas surcado? ¿Había un barquero? ¿Qué hice mal?
¿Qué moneda olvidé,
cegado por el velo de mi juventud? Amigos,
ustedes no pueden saberlo, pero pienso:
¿habrá aún esperanza para mí?
DIDASCALIA
Su mano izquierda sostenía el volante, llevándolo
con muy ligeros toques. La forma de su rostro
era el efecto de una causa ausente, unas gotas
que habían caído por su frente, bordeando
la nariz y la boca, una condena perpetua
cuyo origen se perdía en la ruta desierta.

Silvio Mattoni, además de poeta es ensayista y traductor. Algunos de sus ensayos publicados en diversas revistas en las que colabora se reunieron en *Koré* (2000) y *El Cuenco de Plata* (2003). Como puede leerse en la nota al pie de página de una traducción suya del poema latino anónimo *Pervigilium Veneris* (siglo II) publicado en la revista de literatura *La Mariposa Mundial* (La, Paz, 2004 – 2005), Silvio Mattoni tradujo libros de Calulo, Paul Valéry, Francis Ponge, Mario Luzi, Henri Michaux, Giorgio Agamben, Yves Bonnefoy, Robert Marteau, Georges Bataille, entre otros. Da clases de Estética en la Universidad Nacional de Córdoba y, como buenamente pudimos constatar, de Fernet en la discoteca Plan B.